

*“Como el hombre se relaciona con la Naturaleza así lo hace el arte con los hombres.
(La Obra de Arte del Porvenir)*

Así como entre todos los hombres realmente grandes y significativos se piensa en Jesús de Nazaret, Gautama-Buda y asimismo en Goethe, esto se hace también con Richard Wagner ante todos sus sentimientos y reflexiones unidos a la naturaleza, y así mismo en todo su ser y en sus trabajos. Desde luego se ha observado claramente este rasgo en la personalidad del Maestro de Bayreuth y en su numerosa literatura, en la cual llaman la atención sus sentimientos de amor hacia la naturaleza. Lo que sorprende es que un compositor escriba también sus textos, que como escritor ofrezca sus ideas sobre el arte y su posición sobre la filosofía de Schopenhauer, así como sus propios planes sobre la reforma artística, dejando claro además que esto lo hace también a través de su música. Precisamente por esto el arte de Wagner es único ya que en su música se encuentra el reflejo de su alma. Pero es que además en su música no aparecen sólo los sentimientos del alma humana, sino que toda la naturaleza aparece allí en una vida armónica y rítmica. Anteriormente a él ningún músico había osado expresar artísticamente el alma de los bosques y los campos, del agua y del fuego, de las flores y prados, de árboles y arbustos, y hasta del mundo de los animales. Toda la naturaleza humana aparece, no sólo como decorativa tonalidad, sino como el completo contenido de la ideal expresión del alma del universo.

¡Observemos por una vez la descripción de la naturaleza que se da en sus grandiosas obras! La misma Obertura del “Holandés Errante” es un poema musical de un poco corriente esplendor pictórico de un mar en posesión de una inquietante fuerza. Nos ofrece la viva imagen del mar tormentoso, hace que se escuchen las voces de la naturaleza, los rugidos de la tormenta, la loca danza de las poderosas y agitadas olas, siendo estas las voces básicas de la obra. Poderosa y potente aparece allí cada nota. Uno mismo se siente inmerso en el Océano ante la aparición de estos sonos de la naturaleza, vivos y musicalmente llenos de realismo. Un elevado significado obtiene ya en Wagner el tema de la naturaleza en esta temprana obra – Wagner la compuso antes de sus treinta años - y hace que el personaje del Holandés sea en sí mismo una tormenta. Lo hace aparecer envuelto en la borrasca encarnando el espíritu del revuelto mar. Y antes del final del primer acto, Wagner ofrece nuevos temas en los que

aparecen unos suaves tonos de las flautas y clarinetes diseñando el “querido viento del Sur” que empuja las olas hacia el puerto de Daland. En el segundo acto Wagner nos muestra el agitado mar con una melancólica queja, una interminable e inquietante tristeza, el gemido de un mar desierto, con el fantasmagórico ropaje del viento expirante, cuando Erik relata su sueño:

En altas rocas quedé soñando
viendo bajo mí el oleaje del mar
escuchando como al rompiente encrespado
chocaban furiosamente las olas.

El tercer acto ofrece nuevamente otra música marina con el emocionado intento de Erik de ganar a Senta, recordando las horas pasadas en la divina, gloriosa naturaleza:

¿Ya no recuerdas aquel día
cuando desde el valle me llamaste a la roca?
¿Donde para ofrecerte flores de altura
pasé con valentía numerosas fatigas?
¿Recuerdas como desde las elevadas rocas
vimos partir de la costa a tu padre?

Y después, al final, ante el sacrificio de Senta “se hunde al mismo tiempo el barco del Holandés con toda su tripulación. El mar sube y en un remolino vuelve a bajar. En la luz rojiza del amanecer, sobre los restos del barco, se ven las figuras de Senta y el Holandés abrazados elevándose sobre el mar.” Realmente una esplendorosa imagen realizada artísticamente por un auténtico amigo de la naturaleza que desvela, en el cosmos el misterio de su belleza.

También en “Tannhäuser” utiliza Wagner la naturaleza como símbolo. Después del colorido embrujado de las imágenes del Monte de la Señora Venus, después de ver como náyades, sirenas, faunos y sátiros se reflejan en la naturaleza, junto a Leda con el cisne y Europa sobre el toro, el Maestro nos traslada a los entornos del Wartburg y hace que la canción del pastor celebre el regreso de la Primavera. Allí sentimos, junto a Tannhäuser, el anhelo que en el Venusberg expresó con estos versos:

“Pero yo, en medio de esta rosada atmósfera
anhelo los perfumes del bosque
nuestro azul y claro cielo
nuestro fresco verdor del prado

nuestros pájaros con su amoroso canto
nuestras campanas con su claro repique.”

Aquí, tras el cambio de escena, realizado desde el embrujo del reino de las hadas, se capta doblemente el hechizo del soleado paisaje primaveral con su cielo azul y su claro verdor. Y con qué sencillos medios realizó Wagner el intenso contraste entre el Venusberg y los caballeros cantores del Wartburg – lo que un compositor operístico de la antigua escuela, suponemos un Meyerbeer, habría realizado con una explosiva fuerza - con sólo la única imagen de la naturaleza. Con los más sencillos motivos, que ya numerosos compositores habían usado antes que él: el sonido de los cencerros del rebaño, el alegre canto de las chirimías de los pastores y las lejanas o más cercanas fanfarrias de las trompas de caza, él logra un encanto que por la genial utilización de los medios aparece fresco y nuevo. Al final del acto, con la aparición del Landgrave Hermann y su rico séquito de cazadores con caballos, halcones y perros, el oyente teme que en un mundo tan inmerso en la alegría de la caza, a un caballero que tan apasionadamente siente la profunda realidad humana como Tannhäuser, le será difícil encontrar un espacio en el que resida la pureza original de Elisabeth la “santa”. Y en dramático contraste con el primer acto, en el último se nos habla del amor que ha despertado en el corazón de Wolfram, y en su canto a la estrella matutina vuelve a aparecer la naturaleza ante el oyente. Pero en este final se utiliza un lenguaje distinto del que aparece en el primer acto, aquí es un inolvidable regreso al simbolismo de la naturaleza, cuando en el “seco bastón en manos de un sacerdote” renace la vida con un “fresco verdor”.

También en “Lohengrin” se encuentran rasgos del amor a la naturaleza de Wagner. Pensemos sólo en la escena de Elsa en el balcón donde “agradece a la brisa” que le “descubra la felicidad”. O recordemos la gratitud de Lohengrin al cisne y las palabras, “este triste y último viaje”, que le dirige en el último acto de la obra.

Pero sobre todo es “El Anillo del Nibelungo” el más rico en escenas que nos muestran el amor de Wagner a la naturaleza. Los deliciosos seres primarios de las Hijas del Rin son símbolos de la naturaleza, lo mismo que la temible aparición del desaparecido mundo de los gigantes y también la del Dragón. ¡Cuán rica es esta obra en motivos musicales de la naturaleza! En la misma primera escena de “El Oro del Rin” aparece uno de ellos, que luego, lentamente deriva hacia el motivo de las olas. Después en el canto de Loge, suena por primera vez un entretreído del motivo de la naturaleza sobre las palabras:

“Nada hay tan valioso
para interesar al hombre
como sustitutivo del aprecio

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona
<http://www.associaciowagneriana.com> info@associaciowagneriana.com

y las delicias de la mujer.”

Y cuando Donner hace que estalle la tempestad suena sonoro y potente el motivo de la tormenta. Al final, al terminar la obra, cuando los dioses se dirigen al Walhalla, suena el motivo del Arco Iris. Mucho más rica que “El Oro del Rin” es “La Walkiria” en imágenes de la naturaleza. ¿Quién no piensa aquí en el canto de Siegmund sobre el amor y la Primavera que empieza con el motivo de la tormenta con las palabras: “Winterstürme”? ¿O en los sonidos que va perdiendo la tormenta al principio del primer acto? ¿En el llameante motivo del fuego? ¿En el galope de los fogosos caballos de las Walkirias a través de las nubes? ¿En Fricka con su carruaje tirado por dos carneros? ¿Se vuelve también a escuchar en “Siegfried”, el motivo del fuego? Escena por escena tanto de “La Walkiria” como de “Siegfried” se encuentran todas las manifestaciones del amor a la naturaleza de Wagner introducidas en el antiguo tema de las sagas. Cuán emocionante es el susurro del bosque, con los cuatro motivos del pájaro, que el solitario Siegfried aprende entender a partir del lenguaje de la madre naturaleza. Cuán profundamente debe estar un hombre unido a la naturaleza, como lo estaba Wagner, cuando Brunilda le entrega a Siegfried su fiel caballo con las mismas notas que una vez habían acompañado el amor de la infeliz pareja de los Welsas. No menos ricas son las escenas que permiten echar una mirada al oyente sobre la comprensión de la naturaleza por parte de Wagner en “El Ocaso de los Dioses”. Él no ofrece, parte del motivo del juego del agua, más nuevos motivos musicales de la naturaleza, pero esta jornada es más rica en imágenes de los ya conocidos que el compositor muestra en nuevas y luminosas versiones.

Completamente distintos a los del “Anillo” son los conceptos de la naturaleza en “Tristan e Isolda”. Allí se encontraban llenos de simbolismo, aquí conviven con el ambiente. De nuevo son las olas y los motivos acuáticos los que nos acompañan en el primer acto. Pero no es el mar salvajemente movido del “Holandés Errante” sino el mar tranquilo, por el cual Tristan guía la proa con fuerza “hacia el país del Rey Marke”. En el segundo acto que se inicia con el motivo del día, al principio de la prometedor noche nos sentimos rodeados de una ensoñadora naturaleza. Susurra suavemente el bosque, tranquila mana la fuente y a lo lejos, cada vez más lejos, se escucha el sonido de las trompas del séquito cazador del Rey Marke. Finalmente llega la esperada noche de amor con sus maravillosas armonías crepusculares. Ella es la que trae a los amantes la deseada unión, pero tras su transcurso termina también su felicidad, y el día con su “estéril reflejo” descubre la traición a Marke. Cuando en el último acto Tristan yace bajo las ramas del viejo tilo en Kareol, su castillo natal, suena lejana la triste tonada del pastor. Una melodía que ha sido creada con sentimiento y que al mismo tiempo parece salida de la naturaleza junto a los sonos del mar coincidiendo con los del corno inglés

que entona la alegre melodía que anuncia la llegada del barco de Isolda que intensifica la próxima unión de los amantes.

Mientras en “Tristan” se encuentran muchos significados simbólicos de la naturaleza, en “Los Maestros Cantores”, Wagner parece casi renunciar totalmente a ellos. Aquí ante todo se señalan las normas sobre el canto que se dan a los maestros cantores y que David comunica personalmente al caballero Stolzing. Ellas encuentran en la música una característica y poco corriente exactitud dentro de una gran cantidad de temas que describen imágenes. También se hace mención del tema de la naturaleza, en el “Canto del día de San Juan” de Pogner y en el motivo de la sofocante noche veraniega. Pero sobre todo aparece en las palabras de Eva:

“¡Divina, como sonrío
el sol de mi fortuna
feliz me ha despertado
la mañana llena de delicias!
¡Sueño de la suprema dicha
celestial amanecer!”

Cuán entrañable es esta hija de un artesano de Nürenberg, crecida junto a la naturaleza que en el momento de la ansiosa espera del amor expresa conmovedoras palabras que hablan sobre la mañana veraniega. No sólo con las palabras sino también con la melodía nos describe el Maestro el sueño del caballero poeta que está tan intensamente unido a la naturaleza. Más profundamente que en esta obra Wagner sitúa en “Parsifal” la naturaleza como símbolo. En el primer acto el ignorante, impetuoso muchacho del bosque, Parsifal, mata el cisne, mientras que en el último convertido en sabio gracias a la compasión descubre el misterio de la vida. Qué grandioso es el Encanto del Viernes Santo con el motivo del valle florido ante cuya belleza se alegra Gurnemanz. ¡Cuán maravillosamente el Maestro concibe el motivo del bosque!

Pero no sólo en sus creaciones, también en su vida y en sus cartas encontramos numerosos rasgos y declaraciones que reflejan el contacto de Richard Wagner con la naturaleza. Ya como niño muestra un evidente amor a los animales, que no sólo se realiza en coleccionar mariposas y escarabajos, sino que muestra una gran inclinación hacia los animales vivos. Así Ferdinand Avenarius nos explica como ya de niño se dedica a encontrar los lugares por donde pasan los perros. Una vez, junto a su hermana Luise, salvo a un joven perro que había caído en un estanque. No podía llevar a casa el animalito ya que numerosas veces se lo habían prohibido los padres. Le dijo a su hermanita que lo escondiera en su cama, donde, fue descubierto por sus gemidos. Todavía es más sabrosa otra historia. Ya desde hacía algunos

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona
<http://www.associaciowagneriana.com> info@associaciowagneriana.com

días la madre advirtió que se escuchaban una especie de chillidos de ratones en la habitación de Richard. Pronto se resolvió el misterio. El maestro Humann, que entonces daba clases al niño, no pudo resistir el ruido de la habitación. La sospecha se dirigió al pupitre de Wagner y cuando abrió la tapa se encontró con una perrita y sus cachorros. Richard la había encontrado y quiso salvarla ya que “de lo contrario se habrían malogrado”. Cecilia, la hermana siempre dispuesta a ayudarlo, se había ocupado de la comida y de la necesaria entrada de aire, haciendo un agujero detrás del pupitre.

En su época de director de orquesta en Magdeburg, Wagner era fielmente acompañado por un perro que seguía a su amo hasta la misma orquesta y que debido a sus ladridos fue despachado, desde entonces cada noche le esperaba a la entrada del teatro. En 1837, durante su estancia en Riga quiso hacer una ópera cómica a lo “Las Mil y Una Noches” bajo el título de “La Feliz Familia de los Osos” y la empezó a componer, pero por desgracia no llegó a terminarla. Allí, tenía un precioso Terranova que obedecía al nombre de “Robber”, Wagner se lo llevó a Paris, y algunas veces, en época de la más dura necesidad, debía compartir los alimentos con el perro. De ello dejó el conmovedor recuerdo del animal en su desconsoladora novela: “Un Final en Paris” (“Ein Ende in Paris”).

También en su época de director en Dresde tenía animales consigo. Había un papagayo, que había regalado a Minna y el perrito Peps, que el Maestro, entre todos sus amigos de cuatro patas, era el que más amaba. Los dos animales fueron los que acompañaron al maestro hasta el final de sus vidas y son conmovedoras las palabras que Wagner escribe a Uhlig sobre la muerte del pájaro: “Las últimas páginas del escrito (“Ópera y Drama”) las escribí con unos ánimos que no puedo concebirlos creíbles en nadie. Nuestro papagayo – el querido animal, el pequeño huésped de la casa que hablaba, cantaba y silbaba en mi solitario hogar - en los últimos tiempos estaba a menudo enfermizo y tuve que buscar un veterinario, entonces mejoró. Mi trabajo me tenía en una absoluta dedicación. El día anterior al final de mi escrito el buen animal me acosaba de manera tan ansiosa que mi mujer no pudo soportarlo y lo apartó de mi mesa, quiso ponerse al sol que lucía a través de la ventana, yo cerré la cortina para poder trabajar, volvió a importunarme y mi mujer volvió a apartarlo, entonces emití una triste llamada bien conocida por mí. Pensé, tendré que volver a llamar al veterinario... no creo que pase nada... mañana habré terminado el trabajo... te llamaré entonces. A la siguiente mañana... de repente ¡muerto! ¡Sí, como os podría decir lo que en este momento murió en mí! Me da absolutamente lo mismo si se ríen de mí por esto, lo que siento lo siento y no tengo ánimos para violentar mis sentimientos; además podría escribir libros sobre el tema, para demostrar a los que se ríen lo que puede representar para una persona que se dedica especialmente a todo lo que es fantasía un pequeño ser como él. Sólo han pasado tres días y nada puede consolarme; y lo mismo le pasa también a mi mujer, el pájaro representaba tanto para noso-

tros y entre nosotros. Esto (sigue un motivo de la Quinta Sinfonía de Beethoven) lo había pescado el pequeño recientemente y me lo dedicaba con indecible alegría cuando yo regresaba a casa.” También le notificó a Liszt el 18 de febrero de 1881, la muerte del animalito, y más tarde se lo comunicó de nuevo. Peps sobrevivió a su compañero algún tiempo llegando a ser muy considerado. Cuando Liszt visitó a Wagner en 1853 mostrándose el más fiel de los fieles, se le aplicó el apodo de “Doppel-Peps” y en las primeras cartas que dirigió a Wagner firmó como Doppel-Peps o sea el doble de Peps. En estos mismos años Wagner regresó a Paris para verse con Liszt y le comunicó con gran alegría cómo al regreso de Zurich Peps le recibió “alegremente en el coche”. En numerosas cartas a los viejos amigos de Dresde Uhlig , Fischer y Heine les recuerda al animal con graciosas palabras. Peps murió en agosto de 1855 cuando Wagner regresó de Londres tras una gira de conciertos. El Maestro le dedicó el siguiente recuerdo en una carta del 29 de diciembre del mismo año: “A mi regreso me recibió mi viejo perrito, al que le quedaban ocho días de vida, mostrándome que me estaba esperando, pero murió en seguida, le dejamos dos días en su cesta desde la cual, el pobre animal siempre salía para acercarse a mi mesa de trabajo. Después lo coloqué en una caja y lo enterré en un prado. Este fue nuevamente un duro momento para mí.”

¿Quién es capaz de leer tales comentarios de un auténtico amigo de los animales sin emocionarse? El sucesor de Peps fue Fips que durante seis años participó de las alegrías y penas de Maestro. En sus últimos años Wagner tuvo el plan de escribir una historia sobre sus perros, cosa que por desgracia no llegó a realizar. Siempre tuvo perros en su entorno, en su época de Viena “Pol”, y en Bayreuth “Russ” el que descansa a los pies de la tumba de su señor, quien le colocó este escrito: “Aquí descansa y vigila el Russ de Wagner”. Además de los numerosos perros también otros animales dieron vida al parque del Maestro en Bayreuth, como unos cisnes negros y unos pavos blancos

Wagner estuvo tan estrechamente unido al mundo de los animales como al de las plantas o sea a toda la naturaleza. Esto además se nos demuestra en unas cartas a Elisa Wille, y sobre todo en una carta del año 1846 dirigida a su madre cuando escribe: “Me siento tan pronto apremiado, tan pronto forzado, siempre resistiendo, pocas veces alegrándome de un completo acierto, a menudo cosechando el disgusto del fracaso – a mí sólo me puede alegrar el gozo de la naturaleza – cuando, a menudo llorando y con amargas quejas me lanzo en sus brazos, ella es la que me ha consolado mostrándome cuan pasajeras son las penas que nos inquietan, y que debemos esforzarnos en apartarlas, esto es lo que nos muestra la amorosa naturaleza ya que sólo le pertenecemos a ella, ya que nacemos de ella como los árboles y las plantas que nacen de una semilla, se afanan, se calientan al sol ,se alegran con su fortalecido frescor y no se marchitan ni mueren hasta que ellos mismos han producido unas semillas que volverán a ser el germen de nuevos embriones y plantas que una vez creados continuarán

viviendo con renovada juventud. Cuando siento con gran intensidad que pertenezco a la naturaleza - cuando desaparece cualquier egoísmo y cuando deseo tender la mano a las buenas personas - debo sonreír ante los errores y equivocaciones que la sociedad humana logra encontrar para muy a menudo herir y malbaratar los amorosos lazos de la naturaleza. Cuando me alejo de los humos de la ciudad, me encamino a un frondoso valle y me tiendo sobre el musgo mirando la esbelta línea de los árboles y escucho al querido pájaro del bosque, un sereno bienestar me invade y aparece una lágrima que no puedo detener... lo mismo me pasa cuando a través de numerosos problemas tiendo mi mano hacia ti.”

Dando una mirada hacia la vida y las creaciones de Richard Wagner, saturadas de manera evidente del sentido de la Naturaleza, se entiende claramente el significado de las palabras de Goethe:

“Arte y Naturaleza son una única cosa.”

Traducción Rosa Mª Safont